



**P**OR delante la audacia. Y aquí una audacia que queme los libretos de las medianías y destroce los decorados de todos esos teatrillos sin vena y sin nervio. Nuestra generación no entiende el empezar con «El puñal del godo» consabido, porque tampoco sabemos andar por los cerros con el sombrero y el pañuelo de color de los Exploradores. Esas cosas eran arranques, y en nosotros empezar es estar ya en la mitad del camino.

Se podrá estar con Ibsen o contra Ibsen, con Pirandello o contra Pirandello, pero jamás y nunca, ni con las obras cocidas junto a «La Codorniz», ni con la blandenguería de los aficionados que todo lo resuelven imitando a los Quintero. Nosotros pedimos sentido para el teatro. No queremos un diario estreno de Tanhauser, pero arremetemos contra la vulgaridad hecha sistema, contra la facilidad hecha arte. A las obras artísticas sólo se llega o tras un brote genial o tras una vida larga de sinsabores, de contrariedades y de pruebas. Aquí, como en todo, no valen términos medios. Don Juan y Segismundo nacieron así. Los Don Juanes y los Segismundos de caroca nacen en las mesas de los cafés, entre adulaciones de amigos. Pero para nada sirven. No valen para el servicio del teatro los blandengues de la literatura.

Ni clásicos ni modernos, sino las dos cosas. Lo han repetido muchas veces: espíritu eterno en odres siglo XX. El cielo es cielo porque permanece, y el amor amor, porque nunca cansa. Así es la escena española, la de Lope, desbordante, genial, inmenso.

Nosotros somos sus mosqueteros, los mosqueteros de Lope, vestidos de negro y con golilla. Andaluces nuevos, queremos salvar un arte que pierde vida. Un arte clave en lo español. Nuestra primera salida a este luchar la hacemos desde Granada, sin bagaje y apenas sin ruta trazada. Más al centro de España, un grupo, con el nombre de *Garcilaso* por bandera, se ha lanzado, bien o mal, con armas nuevas o con armas viejas, a inquietar la poesía: buen nombre para buena empresa. Mas al sur, nuestro grupo, con el nombre de *Lope* en el telón y en la embocadura, nos lanzamos a inquietar las cosas del teatro. A inquietarlas como Lope inquietó su vida: dando bandazos del amor al odio.

Y esto es en nuestra primera salida lo que debía ser el manifiesto del teatro. Pero no hemos querido prometer mucho y sólo es nuestra declaración de amor. Nuestro sí a todo lo que por el mundo anda lleno de pasión, lleno de fervor, que para el teatro eso vale mucho.

Y cuando se alza el telón, en la escena no hay nada: ese vacío es el que queremos llenar y por eso salimos. En una carreta, para que las ruedas aligeren el paso, ese *paso* que también representamos para hacer boca. Porque estas líneas han sido el *paso*, el *entremés* de nuestra primera representación. No pidáis más; ya sabéis lo que da de sí un *entremés*.

